

CAPÍTULO I.

De las discretas altercaciones que Don Quijote y el Canónigo tuvieron, con otros sucesos

BUENO está eso! respondió D. Quijote. Los libros que están impresos con licencia de los Reyes, y con aprobación de aquellos á quien se remitieron, y con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados ó ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de personas, de cualquier estado y condición que sean, ¿habían de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo ó tales caballeros hicieron?

Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame; que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto; si no, léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame, ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, que aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz trístísima que dice: "Tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, muestra tu valor de tu fuerte pecho, y arrojáte en mitad de su negro y encendido licor; porque, si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas que debajo desta negrura yacen;" y que apenas el caballero no ha acabado de oír la voz temerosa, cuando, sin entrar más en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe donde happar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa?

Allí le parece que el cielo es más transparente, y que el sol luce con claridad más viva. Ofrécese á los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedruzuelas, que oro cernido y puras perlas semejan.

Acullá ve una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá ve otra, á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas, del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor; de manera que el arte, imitando á la naturaleza, parece que allí la vence.

Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos; finalmente, él es de tan admirable compostura, que, con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes,

de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimación su hechura; y ¿hay más que ver, después de haber visto ésto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos, como las historias nos los cuentan, sería nunca acabar; y tomar luego, la que parecía principal de faldas, por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos unguentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un mantón sobre los hombros, que, por lo menos menos, dicen que suele valer una ciudad, y aún más?

¿Qué es ver, pues, cuando nos cuentan que tras de esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿Qué el verle echar agua á manos, toda de ámbar y de olorosas flores destilada? ¿Qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Qué verle servir de todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio? ¿Qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cual deba de alargarse la mano, á cual no? ¿Qué oír la música que en tanto que come suena, sin saberse quién la canta ni adónde suena?

Y después de la comida acabada y las mesas alzadas, ¿quedarse el caballero recostado sobre la silla (quizá mondándose los dientes como es costumbre), y entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho más hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas, que suspenden al caballero y admiran á los leyentes que van leyendo su historia!

No quiero yo alargarme más en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala.

De mí sé decir que, después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque há tan poco que me ví encerrado en una jaula como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna en pocos días verme rey de algún reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra; que, mía fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea; y el agradecimiento que sólo consiste en el desseo es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras.

Por esto querría que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasión donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza, mi escudero,



Un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes,.....

que es el mejor hombre del mundo, y querría darle un condado que le tengo muchos días há prometido, sino que temo no ha de tener habilidad para gobernar su estado.

Casi todas estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo:

—Trabaje vuestra merced, señor Don Quijote, en darme ese condado, tan prometido de vuestra merced como de mi esperado; que yo le prometo que no me falte á mi habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oído decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa; y así haré yo, y no repararé en tanto más cuanto, sino que luego me desistire del todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan.

—Eso, hermano Sancho, dijo el Canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero al administrar justicia, ha de atender el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intención de acertar; que si ésta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines; y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto.



—No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza; más sólo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabría regirle; que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo, haría lo que quisiese, y haciendo lo que quisiere, haría mi gusto, y haciendo mi gusto, estaría contento, y en estando uno contento, no tiene más que desear, y no teniendo más que desear, acabose; y el estado venga, y á Dios y veámonos, como dijo un ciego á otro.

A lo cual replicó Don Quijote:

—No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho.

—Pero con todo eso, hay mucho que decir sobre esta materia de condados.

—Yo no sé qué haya que decir; sólo me guío por muchos y diversos ejemplos que podía traer á este propósito, de caballeros de mi profesión que, correspondiendo á los leales y señalados servicios que de sus escuderos habían recibido, les hicieron notables mercedes, haciéndolos señores absolutos de ciudades y insulas; y cuál hubo que llegaron sus merecimientos á tanto grado, que tuvo humos de hacerse rey. Pero ¿para qué gasto tiempo en esto, ofreciéndome un tan insigne ejemplo el grande y nunca bien alabado Amadís de Gaula, que hizo á su escudero conde de la ínsula Firme? Y así puedo yo, sin escrúpulo de conciencia, hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido.

Admirado quedó el Canónigo de los concertados disparates (si los disparates sufren concierto) que Don Quijote había dicho, del modo con que había pintado la aventura del caballero del lago, de la impresión que en él habían hecho las pegajosas mentiras de los libros que había leído, y, finalmente, le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahínco deseaba alcanzar el condado que su amo le había prometido.

Ya en esto volvían lo criados del Canónigo, que á la venta habían ido por la acémila del repuesto; y haciendo mesa de una alfombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí, porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho; y estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo y un són de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas, que allí junto estaban, sonaba; y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo; tras ella venía un cabrero dándole voces y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviese ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y desfavorida, se vino á la gente, como á favorecerse della, y allí se detuvo.

Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo:

—¡Ah, cerra, cerra, manchada, manchada! ¿cómo andáis vos estos días de pie cojo! ¿Qué lobos os espantan, hija? ¿No me diréis qué es esto, hermosa? Mas ¿qué puede ser, sino que sois hembra, y no podéis estar sosegada? que ¡mal haya vuestra condición y la de todas aquellas á quien imitáis! Volved, volved, amiga; que, si no tan contenta, á lo menos estaréis segura en vuestro aprisco ó con vuestras

compañeras; que si vos, que las habéis de guardar y encaminar, andáis tan sin guía y tan descaminada, ¿en qué podrán parar ellas?

Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al Canónigo, que le dijo:

—Por vida vuestra, hermano, que os sosegáis un poco, y no os acuciéis en volver tan presto esta cabra á su rebaño; que, pues ella es hembra, como vos decís, ha de seguir su natural instinto, por más que vos os pongáis á estorbarlo. Tomad ese bocado y bebed una vez, con que templaréis la cólera, y en tanto descansará la cabra; y al decir esto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno.

Tomólo y agradeciolo el cabrero, bebió y sosegóse, y luego dijo:

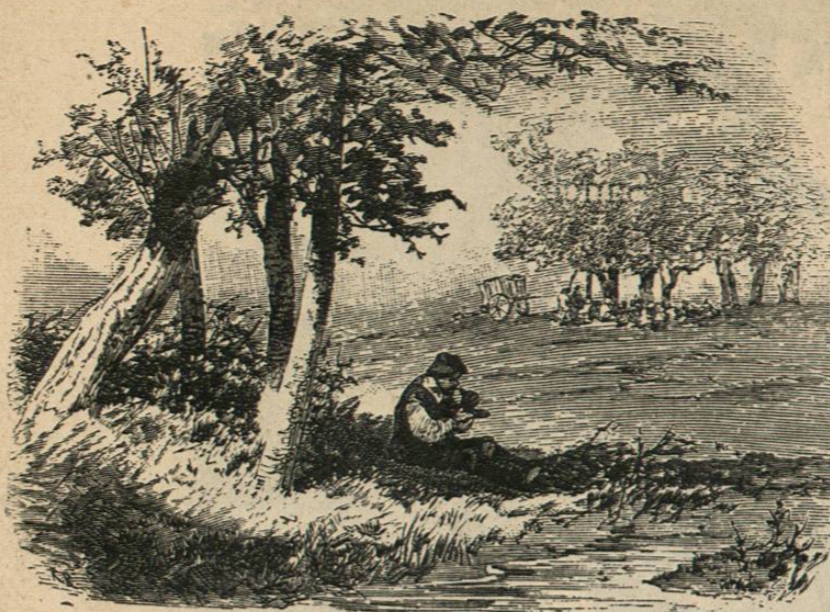
—No querría que, por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso, me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple; que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto, que no entienda cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias.

—Eso creo yo muy bien, dijo el Cura; que ya yo sé de experiencia que los montes erian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos.

—A lo menos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmetados; y para que creáis esta verdad, y la toquéis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convidó, si no os enfadáis dello, y queréis, señores, un breve espacio prestarme oído atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mía.

A esto respondió Don Quijote:

—Por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos



y de ser amigos de curiosas novedades, que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad, pues, amigo; que todos escucharemos.

—Saco la mía, dijo Sancho; que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres días; porque he oído decir á mi señor Don Quijote que el escudero de caballero andante ha de comer, cuando se le ofreciere, hasta no poder más, á causa que se le suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intrincada, que no aciertan á salir della en seis días; y si el hombre no va hartó ó bien proveídas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia.

—Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo Don Quijote; véte á donde quisieres y come lo que pudieres; que yo ya estoy satisfecho, y sólo me falta dar al alma su refacción, como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre.

—Así la daremos todos á las vuestras, dijo el Canónigo. Y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido había.

El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenía, diciéndole:

—Recuéstate junto á mí, manchada; que tiempo nos queda para volver á nuestro apero.

Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño, se tendió ella junto á él con mucho sosiego, y mirándole al rostro daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el cual comenzó su historia desta manera:

